

## La pareja-estrago

### Carina Ponce

Mi propósito hoy es transmitir algo de lo que se va desprendiendo del recorrido que voy trazando como cartelizante de “Histeria y feminidad” respecto al rasgo que elegí: “La pareja-estrago”.

El tema de la pareja-estrago lo tomé inicialmente de “El hueso de un análisis” de J-A Miller, texto al que me ví conducida a partir de la pregunta acerca del llamado masoquismo femenino. Me resultó interesante abordarlo dado que la pareja-estrago, a mi entender, daría cuenta, en algunos casos de manera trágica, siniestra, de la imposibilidad de la relación sexual. Fórmula a la que tan fuertemente se opone el empuje de la época. En su insistencia por hacerla existir, define un drama en donde la imposibilidad de separación y la imposibilidad de la unión se tornan una dificultad para ciertos sujetos contemporáneos.

En tanto que el Otro se confirma como inexistente, se patentiza que el amor está destinado a un fracaso de entrada. Frente a la ilusión del amor como fusión, como unidad con el otro sólo quedaría la idea narcisista del amor, el amor del Uno. Fusionados o solos. Estragados?.

Tanto el estrago del amor como unidad fusional y absoluta como el estrago del amor de lo Uno, llevan a no poder hacer nada con la pulsión de muerte.

Por eso la apuesta del psicoanálisis es cómo hacer “el amor más digno” introduciendo la separación, la separación de goce del Otro, un vaciado que hace existir el deseo.

En el recorrido que aún estoy efectuando respecto a la pareja-estrago fui ubicando ciertos puntos sensibles alrededor del cual se tejería, a mi entender, su particularidad. Entre ellos destaco dos: el amor y la palabra, funciones fundamentales en la sexualidad femenina.

De qué manera se relacionan el amor y estrago? Miller, en “El partenaire-síntoma”, nos dice que tienen una relación estrecha, ambos tienen como principio el A/, es decir el no-todo en el sentido del sin límite<sup>i</sup>.

El amor es esencialmente sin límites porque está más allá, precisamente más allá del tener. Recordemos la definición lacaniana del amor: dar lo que no se tiene. Para que haya amor debe haber una condición de castración, se trata del principio mismo del complejo de castración para tener el falo, para poder servirse de él, es preciso, justamente, no serlo.

El estrago por su parte, es la otra cara del amor, es el retorno de la demanda de amor. De la misma manera que el amor es la anulación de todo tener, y que es la búsqueda del ser proseguida con la anulación de todo bien, de todo tener, el estrago, en este sentido, es solamente la faz de goce del amor. Quiere decir: dar todo, es aquí donde está lo infinito<sup>ii</sup>.

En la pareja-estrago, de lo que se trataría es del partenaire alojado en el A/, es decir en el lugar de lo ilimitado, es por eso que la pareja-síntoma de la mujer se tornaría la pareja-estrago. Esta falsa solución, en donde entre el todo y la nada el sujeto quiere asegurarse un lugar en el fantasma del hombre, consintiendo a él en posiciones subjetivas donde dolor y humillación están unidos, es la que antes de Lacan estaba situada en el registro del masoquismo

femenino. Y es a partir del concepto de privación, como instrumento para repensar el ser de las mujeres, que Lacan puede mostrar cómo el punto del goce de la privación está en fabricarse el ser a partir de la sustracción en el tener.

E. Laurent, en “Posiciones femeninas del ser” nos dice que en la crítica que Lacan hace del masoquismo femenino “se desliza la idea de que si hay un ser de la mujer, está en el suplemento”<sup>iii</sup>. Qué significa?

Si bien, tanto el hombre como la mujer lo que busca en el campo del Otro es el objeto *a*, es decir, apuntan al Otro para extraer su plus de gozar, la mujer se relaciona además con la falta del Otro: *A/*, que no se busca en el campo del Otro sino que es como si hubiese del lado femenino una relación extraña y al mismo tiempo contigua con el *A/*. Es ese aspecto bizarro, extraño y al mismo tiempo enigmático en la relación con el Otro, lo que Lacan valoriza en la sexuación femenina<sup>iv</sup>.

Esta relación moviliza la “otrificación” de su cuerpo. Lacan lo explica diciendo que la mujer es Otra para sí misma; su modo de goce atañe un cuerpo que, para el propio sujeto, se tornó Otro<sup>v</sup>. Se trata de una relación especial con un goce que ya no tiene la medida fálica, se trata de un suplemento con relación al significante. Sobre él no hay un saber, no hay significante que venga a decir aquello que es la mujer (La barrado). Por eso el ser de la mujer es siempre un suplemento, un invento, no hay palabras para ello.

Mientras que en el hombre, por su modo de goce esencialmente limitado, circunscripto, localizado, silencioso, fálico, la mujer es siempre *a*, partenaire-síntoma, en la mujer en cambio por su modo de goce impone a la pareja una forma distinta. En función de lo ilimitado, lo que de este lado toma un lugar central es la demanda de amor: es preciso que su pareja sea aquel al que le falta alguna cosa y que esa falta lo haga hablar. Es un goce que necesita pasar por el amor en tanto el amor habla. Es en este vínculo en donde encuentra un límite que fija la deriva pulsional y la mantiene en una relación vital. Podríamos aclarar: siempre y cuando el partenaire se inscriba en ese vínculo “de la buena manera”, es decir, que logre inscribirse en el fantasma de la mujer, que ocupe un lugar en el discurso que toca su goce más allá del falo, la posición de objeto que ella ocupa para el Otro.

La mujer, en la relación sexual, quiere el órgano, pero más profundamente quiere el falo como significante del deseo, del deseo que el objeto que habla, su hombre, diga su ser y venga a cifrar su goce<sup>vi</sup>. Exigencia del bla bla del discurso amoroso que no debe dejar de decirse para asegurar una función de templanza porque viene a suplir eso que la relación sexual desnuda, es decir la incapacidad del significante fálico de significantizar todo el goce femenino<sup>vii</sup>. La palabra de amor procede de la falta en ser, no del tener. Entonces, el hombre, aunque provisto del órgano, tiene que hacer esfuerzos para encarnar el significante del deseo. Con el tener debe hacer el ser. Al hablar da a su partenaire un suplemento de ser, que es un ser de significancia, es decir ligado al goce<sup>viii</sup>.

Me resultó indispensable en este punto ubicar la distinción entre la devastación que implica el estrago, y la psicosis ya que ambos comportan esa dimensión de lo infinito con relación al goce, esa imposibilidad del lenguaje de captar el goce. Así encontré que la devastación no tendría nada que ver con la desestabilización propia de la psicosis, lo que es potencialmente infinito en el

lado de la psicosis no cuenta con la ligazón fálica que sí está presente del lado femenino.

La devastación es, según Jesús Santiago, la manera que Lacan encontró para retraducir la incidencia del masoquismo, el carácter primordial del masoquismo en la sexualidad femenina<sup>ix</sup>. Señala incluso que es casi como si la devastación fuera un componente estructural de la sexuación femenina, ya que se enfrentan siempre con los efectos devastadores que la forma erotomaniaca del amor asume para ellas<sup>x</sup>.

De esto daría cuenta la clínica de la entrada en análisis en donde para la mujer los fracasos del amor la sumergen en un estado particular de locura, en la medida en que “el dolor en la relación amorosa confronta al sujeto femenino a lo ilimitado del (A/) que viste entonces la pulsión de muerte “ya que la voluntad de gozar si se le deja la carrera libre revela que no es más que pulsión de muerte”<sup>xi</sup>.

De qué manera será posible que la experiencia psicoanalítica sea una oportunidad para el sujeto femenino de desprenderse del dolor en el amor?

Frente a la desvalorización del amor en la actualidad, cómo revalorizarlo?

Cómo operar para poner al desnudo la propia versión de la feminidad e incidir así en la caída de la necesidad de la demanda al otro?

Cómo pensar el pasaje de la pareja-estrago a la pareja-síntoma?

Qué obtiene un sujeto femenino al final de un análisis?

Estos son mis interrogantes, aún.

#### **Bibliografía:**

- M-H Brousse: El estrago a la luz de la vacilación de los semblantes
- J. C. Indart: El estrago en la relación madre-hija y en la relación con un hombre
- D. Laurent: El responso del partenaire
- D. Laurent: Desidentificación de una mujer
- E. Laurent: Posiciones femeninas del ser
- E. Laurent: La disparidad en el amor
- J-A. Miller: El hueso de un análisis
- J-A. Miller: El partenaire-síntoma
- J-A. Miller y E. Laurent: El Otro que no existe y sus comités de ética
- M. Recalcatti: La última cena: Anorexia y bulimia
- Registros: Tomo Rouge: Mujeres y Psicoanálisis
- J. Santiago: Nuevos modos de goce

---

<sup>i</sup> - Jacques-Alain Miller: El partenaire-síntoma, pág.297

<sup>ii</sup> - Ibídem, pág. 276

<sup>iii</sup> - Eric Laurent: Posiciones femeninas del ser, pág. 74

<sup>iv</sup> - Jesus Santiago: Nuevos modos de goce, pag. 59

<sup>v</sup> - Ibídem, pág. 56

<sup>vi</sup> - Registros: Tomo Rouge: Mujeres y Psicoanálisis, pág. 114

<sup>vii</sup> - Dominique Laurent: El responso del partenaire, pág. 94

<sup>viii</sup> - Ibídem, pág. 94/5

<sup>ix</sup> - Jesus Santiago: Nuevos modos de goce, pág. 64/8

<sup>x</sup> - Ibídem, pág. 52

<sup>xi</sup> - Dominique Laurent: El responso del partenaire, pág. 95 (de Los usos del lapso)